

LA UTILIDAD DE LA CIENCIA POLÍTICA

Gianfranco Pasquino, *Nuevo Curso de Ciencia Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, 389 pp.

Fernando Barrientos del Monte *

Desde hace tres décadas, a partir de la caída del muro de Berlín, la desintegración de la URSS y el fin de los regímenes militares en varios países de América Latina, la ciencia política ha tenido un crecimiento significativo. En comparación con años anteriores, hoy es una disciplina que se enseña en prácticamente todas las universidades más importantes del mundo y, en México, incluso ya es una carrera que se ofrece en muchísimas universidades públicas y privadas del país. Los posgrados en ciencia política y sus disciplinas afines tienen hoy una alta demanda de ingreso que hace unas décadas era casi imposible vislumbrar. Las revistas especializadas dedicadas a analizar científicamente las diversas dimensiones de la política se han multiplicado, nuevas asociaciones de politólogos han nacido y otras se consolidan. Como profesión, los politólogos poco a poco empiezan a tener el reconocimiento social que en décadas anteriores sólo se circunscribía por lo general a los ámbitos universitarios. Esta era “renacentista” de la ciencia política se explica en mucho por la difusión de la democracia como la forma de gobierno preferible por sobre muchas otras. Como señaló en su momento Samuel Huntington, la ciencia política está estrechamente relacionada con el pensamiento liberal y la democracia, de allí que sea posible afirmar que sólo bajo tales condiciones es que puede existir una ciencia como ésta. No hay duda que la ciencia política vive en las primeras décadas del siglo XXI, con sus debilidades y fortalezas, su mejor época.

Ahora bien ¿Para qué sirve la ciencia política? ¿Tiene alguna utilidad? Si no la tiene, entonces ¿Para que cultivarla?; y si la tiene ¿Porqué no vemos sus resultados y aplicaciones como sucede con otras ciencias? Ya Max Weber hace años dejó claro que la ciencia no se puede ni debe justificarse por sus fines. A los ojos del vulgo -señalaba- no es posible decir porqué es necesaria la investigación científica o porqué algunos consagran su vida a la ciencia aunque esta no les reditúe económicamente. La ciencia se justifica por si misma. Porque solo cultivándola es que el hombre ha podido explicarse mejor su entorno pero sobre todo y más que nada, controlarlo.

En *El nuevo curso de ciencia política*, editado por primera vez en italiano en 1997, Gianfranco Pasquino no sólo nos introduce a ésta disciplina, sino que también nos explica por qué es la ciencia social que tiene la mayor capacidad heurística para formular y siste-

* Universidad de Guanajuato, f.barrientos@ugto.mx

matizar el conocimiento específico en relación al mundo de la política y por lo tanto del poder/dominación política, también puede ser aplicada. ¿En qué medida y de qué forma? Quien cultiva la ciencia política como profesión logra adquirir el conocimiento de técnicas analíticas específicas que le permiten “aplicar” o al menos “señalar” las consecuencias de determinados mecanismos y la importancia de la existencia de ciertas condiciones que pueden mantener o cambiar la lógica de la política, sobre todo a nivel institucional. Un buen politólogo puede saber en qué medida y bajo cuales condiciones funciona bien o no, la segunda vuelta electoral, por ejemplo, cuales son las consecuencias positivas/negativas de su existencia o cuales serían si se introduce allí dónde no existe. Un buen politólogo podría/ puede aconsejar la pertinencia o no de un cambio institucional, y si está en una posición de decisión, implementarla. Pasquino nos ha enseñado que la Ciencia Política es una ciencia que puede ser aplicada.

El *Nuevo Curso* está organizado en once capítulos bien estructurados. Iniciando por una revisión de los métodos en ciencia política, y centrándose en los “objetos”: la participación política y sus distintas modalidades empíricas pero también las formas de observarla; los grupos y movimientos sociales, los que se mantienen y se institucionalizan como los que desaparecen; las elecciones y los sistemas electorales, que son le área dónde la ciencia política ha logrado dar lo mejor de sí, así como con temas tan estrechamente relacionados como son los partidos y los sistemas de partidos, los parlamentos (o congresos) y la representación, la formación y disolución de los gobiernos y las políticas públicas.

Dos capítulos cierran el libro y merece detenerse en ellos: uno dedicado a los regímenes no democráticos y otro propiamente a las democracias. Los primeros, los no democráticos, todavía hasta mediados de la década de los noventa del siglo XX eran numéricamente superiores a los democráticos. La democracia es preciosamente acosada constantemente por los intentos de reaparición de sistemas que anulen las libertades a partir de una lectura sesgada del rol del Estado. Por ello, al tratar las democracias, es decir, las forma de gobierno que tiene como fundamento asegurar la libertad y la igualdad de los hombres, Pasquino señala que no hay que confundir los regímenes democrático-liberales con las democracias electorales. Estas últimas mantienen procesos electorales regulares, pero fallan en muchos otros aspectos como el imperio de la ley, medios de comunicación libres y el asegurar libertades civiles y el respeto a los derechos humanos.

Son pocos los estudiosos de la ciencia política quienes quizá no conocen a Gianfranco Pasquino. En lengua española se dió a conocer a partir de la publicación del famoso *Diccionario de Política* coordinado por el mismo Pasquino, junto con Nicola Mateucci y Norberto Bobbio y publicado por Siglo XXI; así también por el *Manual de Ciencia Política* que escribió junto a varios politólogos italianos tales como Leonardo Morlino, Maurizio Cotta y Stefano Bartolini. Pasquino es uno de esos politólogos que ha sabido combinar de manera equilibrada y bien llevada la actividad intelectual y académica junto con una consistente carrera política. Fue Senador de la República Italiana entre 1983 y 1996 periodo en el cual el sistema político italiano se transformó a partir de una reforma electoral que acabó con la lógica de la competencia polarizada pero no con la fragmentación del sistema del sistema

de partidos italiano. Pasquino dejó una breve e interesante reseña de su paso por la política parlamentaria. No obstante su empeño en la vida académica en Bolonia nunca se alejó de la política, y en 2009 se presentó como candidato a Alcalde de Bolonia, pues aunque torinés de nacimiento, toda su vida académica -poco más de 40 años desde que se inició como profesor- se ha desarrollado en esa ciudad, sobre todo en la misma *Università di Bologna* como en la Johns Hopkins Bologna Center y en la Universidad de Florencia, entre otras.

Pasquino siempre se ha presentado como un estudioso de la política formado con Norberto Bobbio (en filosofía política) y con Giovanni Sartori (en política comparada) pero puede ya ubicarse casi en el mismo nivel que sus maestros. Quizá la aportación principal de Pasquino no está en haber escrito una obra centrada en pocos argumentos (como los Partidos Políticos o la Democracia) y profundizando en ellos para generar teorías. En sus inicios se ocupó de las teorías del desarrollo y los militarismos en América Latina, luego del rol de la oposición y en los últimos años del estudio comparado de las democracias. Pero creo que su principal aportación está en el desarrollo de la misma Ciencia Política, ¿porqué? En primer lugar, Pasquino es ante todo un excelente profesor y maestro, es decir, es un docente con un alto sentido de responsabilidad en las aulas y un ejemplo como académico por sus obras. La «claridad» en el uso del lenguaje para formar conceptos, el correcto uso de la metodología, el pensar antes que el contar -una cuestión tan obvia pero tan olvidada en la actualidad por muchos «politólogos»-, son algunos de los elementos en los cuales Pasquino siempre ha puesto como condiciones esenciales para ser un buen politólogo. También, como pocos, Pasquino se ha empeñado en defender el rol del politólogo como científico social frente a la masa de seudopolitólogos que pululan sobre todo en los medios de comunicación, pero también en la academia y en instituciones de gobierno. La Ciencia Política es una disciplina que se debe cultivar con sus propias reglas, su método y sus técnicas de análisis. Tiene sus autores, sus teorías y conceptos. Pasquino ha señalado muy bien que no cualquiera puede presentarse como «experto» en el estudio de la política, no cualquiera es politólogo. Y podemos atrevernos a decir -sobre todo en el contexto latinoamericano- que no por cursar un diplomado o unos cuantos cursillos relacionados con alguna de las tantas áreas de la ciencia política eso convierte automáticamente a quienes las cursan en politólogos. Más aún, la mayoría de los supuestos expertos que hoy acaparan espacios en los medios de comunicación y se hacen pasar como politólogos en realidad distorsionan la profesión misma. Y finalmente, para quien quiera ser un buen politólogo, en el sentido amplio de la palabra, Pasquino es un ejemplo a seguir: nunca se la ha conocido por pretencioso y pedante, como muchos «politólogos» que hoy abundan, al contrario, es una persona humilde y abierta. Sobre todo, ha sabido cultivar la capacidad para difundir el conocimiento del politólogo no sólo al servicio de los poderosos, sino de la ciudadanía. Es de los pocos que sabe explicar la complejidad de las ideas políticas con extremada sencillez pero sin perder nunca la seriedad de la cuestión, porque la Ciencia Política también debe servir para educar al pueblo y prepararlo para que no sucumba ante quienes deseen oprimirlo.